



Manuel
García Hernández

ENSAYO SOBRE VIDA Y ESPIRITUALIDAD

2ª edición



Desclée De Brouwer

MANUEL GARCÍA HERNÁNDEZ

ENSAYO SOBRE VIDA
Y ESPIRITUALIDAD

2ª edición

DESCLÉE DE BROUWER
BILBAO - 2015

ÍNDICE

PREFACIO.....	13
---------------	----

PRIMERA PARTE

EL MISTERIO QUE SOMOS

I. EL ALMA	21
II. LA CAÍDA	29
III. LA PERSONALIDAD (EGO)	37
IV. MASCULINO Y FEMENINO	47
V. PSICOLOGÍA Y ESPIRITUALIDAD	57

SEGUNDA PARTE

EL PRINCIPIO

VI. PADRES E HIJOS	69
VII. EL BINOMIO ENGAÑO-MIEDO.....	79
VIII. EL NIÑO INTERIOR	89
IX. LA SOMBRA	99
X. EROS Y DESEO	107

TERCERA PARTE

EL CAMINO

XI. EL RETORNO	119
XII. EL DOLOR.	129
XIII. CULPA Y PERDÓN	137
XIV. LA RELIGIÓN.	147
XV. LA HISTORIA.	157

CUARTA PARTE

LA PLENITUD

XVI. EL SÍMBOLO	169
XVII. EL SILENCIO.	179
XVIII. LA MUERTE	189
XIX. TÚ ERES MI HIJO AMADO	197
XX. FELICES LOS POBRES EN EL ESPÍRITU...	207
EPÍLOGO	217
BIBLIOGRAFÍA	221

PRÓLOGO A LA 2ª EDICIÓN

El autor de este libro, sacerdote diocesano y profesor jubilado de la Universidad de Granada, es doctor en ciencias geológicas y licenciado en ciencias eclesiásticas. La intención de su reflexión consiste en un reclamo de la interioridad, consciente de que el hombre occidental vive en una mutilación de aquellas dimensiones que atañen a su vida espiritual. Con este trasfondo, plantea un itinerario, de carácter muy personal y original, que abarca los hitos fundamentales de la biografía de todo ser humano. Esos hitos, cuatro en concreto, dan lugar a los grandes bloques que estructuran el contenido de toda la obra: el misterio que somos, el principio, el camino y la plenitud.

Su actividad pastoral, así como la profundización en la vida espiritual, junto con el trabajo de algunas técnicas de carácter más psicológico y terapéutico, le llevan a realizar este recorrido, partiendo de los aspectos más significativos que están implicados en cada uno de estos cuatro hitos biográficos. El conjunto de la obra da lugar a un mosaico de veinte piezas, en las que el autor trata las grandes cuestiones de la existencia. Temas como la caída, la relación padres-hijos, el dolor, el silencio, Cristo o la muerte son afrontados con un lenguaje directo, cargado de intimidad y con una tonalidad fuertemente simbólica.

El conocimiento, según las tradiciones filosóficas y religiosas, puede brotar de dos manantiales fundamentales. Uno de ellos sería el manantial adulterado de la “voluntad de poder”. Esto nos recuerda el relato del Génesis, donde Dios prohíbe a la humanidad primera alimentarse del árbol del conocimiento del bien y del mal. Esta prohibición no es arbitraria, sino que está sostenida por la certeza de que el conocimiento, motivado por una pretensión de dominio, conduce a la violencia. Así lo vemos expresado en la seducción del maligno, simbolizado por la serpiente, cuando afirma: “Seréis como dioses” (Gen 3, 5).

Sin embargo, el conocimiento también puede brotar del manantial del dolor y de la frustración. Platón decía que, si no existiera el sufrimiento, tampoco podría existir la vida pensante. En efecto, el conocimiento, cuando brota de las heridas, se torna, por una suerte de animación mágica, en sabiduría. El libro que el lector porta ahora entre sus manos, está transido de esta sabiduría. El autor del mismo, al desgranar estos veinte temas, está contando su propia historia y... también la nuestra. Por esta razón, sólo nos queda decir: “¡Gracias, Manolo!”.

Serafín Béjar
Facultad de Teología de Granada

PREFACIO

No son pocos los pensadores que, en la segunda mitad del siglo pasado, constataron que la sociedad moderna ha debilitado, de modo dramático, las fuerzas emancipadoras del ser humano al haber reducido la razón humana a la simple razón técnico-instrumental. En los años sesenta, los filósofos de la Escuela de Frankfurt, por ejemplo, fueron lúcidos al criticar el grado de distorsión y desequilibrio que padece el hombre contemporáneo, a consecuencia de la alienante dominación del progreso técnico y productivo, que mutila y atrofia las dimensiones interiores y profundas de la persona y, por ende, de la sociedad occidental. Es frecuente que un ser así y el tipo de sociedad que lo genera, acaben enfermando en la mente y también en el cuerpo –cada vez se sabe más sobre el origen emocional de las enfermedades físicas como forma de somatización–. Si olvidamos la interioridad, hasta el punto de no creer en ella por parecernos innecesaria o irrelevante, sucumbimos ante la aparición de cambios anímicos y dolores emocionales que se manifiestan en forma de neurosis, depresión, ansiedad, adicciones...; en definitiva, en pérdidas del sentido de la vida. Sin embargo, es obvio reconocer que interioridad y desarrollo material y social no son dos realidades, en principio, incompatibles o contrapuestas.

Cuando a nivel social nos vemos enfrentados ante amenazas como la actual crisis económica, muchas personas opinan que el origen de dichos males se debe exclusivamente a la pérdida generalizada de valores éticos o morales fundamentales. Pero no es del todo cierto, debajo de la ausencia de tales principios subyace una cuestión mucho más honda y determinante: la falta de sabiduría generada por el olvido colectivo de la interioridad. Solo desde dentro, desde la mirada de corazones que ven con ojos nuevos, podrán vislumbrarse las respuestas sabias que necesitamos encontrar en estos momentos de incertidumbres personales y sociales.

En el marco actual de la postmodernidad, nacida en las últimas décadas del siglo XX sobre los restos de los totalitarismos modernos, aparecen hoy señales de restablecimiento de búsqueda de sentido –con la dosis de ambigüedad que comporta todo lo histórico, también en este tema– a través de las dimensiones espirituales, pues estas son constitutivas del ser humano, y no un añadido superfluo. Estamos asistiendo a lo que Karlfried G. Dürckheim llamó “la rebelión del alma”, manifestada en una creciente búsqueda de caminos espirituales dentro de una sociedad que ha venido reprimiendo las dimensiones más profundas del hombre. Se dice del siglo XXI que es el siglo de la recuperación de la espiritualidad, de la integración de la sabiduría de Oriente y Occidente, pues Oriente tiene una experiencia espiritual milenaria de la que tenemos que aprender y Occidente necesita recuperar lo mejor de las tradiciones espirituales del cristianismo, que por desgracia hemos arrinconado y deformado en gran medida.

El presente libro quiere ser una ayuda que invite a interiorizar en cuestiones que son fundamentales en la vida, un cierto acompañamiento que impulse a la per-

sona a reconocerse y poder recorrer un itinerario interior en búsqueda de sentido, un ensayo para despertar inquietudes, más que para ofrecer respuestas acabadas. Son veinte temas, quizás por ser una cifra redonda – podrían haber sido más o menos–, que he intentado abordar con bastante libertad interior, utilizando un lenguaje espontáneo y asequible. Se agrupan en cuatro partes: “El Misterio que somos”, “El Principio”, “El Camino” y “La Plenitud”, con el fin de construir un cierto soporte y sistematización del texto, aunque también podrían haberse organizado de otra manera distinta. Por lo que al contenido se refiere, es fruto, en gran medida, de la experiencia personal, a través de un recorrido vital no siempre fácil ni rápido, salpicado de momentos oscuros de incertidumbre y soledad, como ocurre en la gran mayoría de seres humanos. La actitud personal de intensa y apasionada búsqueda interior y el acompañamiento recibido de algunas personas constituyen el entramado que sostiene este escrito. A ello se añade la experiencia de acompañar a otras personas en sus procesos y crisis, la realización de cursos o talleres de crecimiento personal, el acercamiento a ciertas técnicas psicológicas y espirituales, y la lectura de algunos libros impregnados de sabiduría.

En la gestación de estas páginas está el firme convencimiento de que la realidad no es lo que aparenta ser. En concreto, me refiero al hecho comprobado de que todos los seres humanos nos sentimos carentes y menesterosos, pues es muy difícil que hayamos sido amados en las primeras etapas de la vida de modo incondicional. Con otras palabras: no hemos sido vistos ni aceptados en total profundidad, tal como somos, ni siquiera, en la mayoría de los casos, por nuestros propios padres; esta realidad es una de las raíces funda-

mentales –quizás la mayor– que engendra la carencia básica a la que antes me refería. Con ello se genera una desconexión progresiva y profunda de nuestro ser esencial, de nuestra alma, que nos inculca el miedo, la culpa y el autocastigo, y que comporta una falta de amor hacia uno mismo que nos impide amar a los demás. El ser es sustituido por el tener o el hacer; pues si el amor lo hemos percibido bajo condiciones, nada es gratuito, todo hay que conseguirlo a menudo con esfuerzo. También el afecto, buscando de este modo fuera, como errático intento de llenar dicha carencia, lo que en realidad ya tenemos –olvidado– dentro.

Nos empeñamos en buscar la llave que abre la puerta de nuestro corazón donde la llave no se ha perdido –como relata el cuento sufí–, porque es probable que nadie nos haya enseñado a buscar acertadamente, pues vivimos tiempos donde escasean las personas dotadas de sabiduría que puedan ofrecer un verdadero acompañamiento personal. La consecuencia es, muchas veces, el fracaso en la búsqueda y el tropiezo reiterado en la misma piedra; pues, tanteando a ciegas, lo que creemos que es la solución nos introduce más en el problema, sin darnos cuenta de que, en realidad, lo que nos parece el problema es el comienzo de la solución.

La realización de este libro hubiera sido impensable sin la inspiración y guía de algunas personas que me han proporcionado una gran ayuda, y a las que me siento profundamente agradecido.

Agradezco al sacerdote y profesor de la Facultad de Teología de Granada, Serafín Béjar, su sincera y profunda amistad; el mutuo acompañamiento personal que venimos realizando desde hace tiempo y la sabidu-

ría –a pesar de su juventud– que impregna su vida, suponen para mí una riqueza personal de incalculable valor. Él me ha alentado en numerosas ocasiones a realizar un trabajo como el que ahora toma forma en estas páginas, y ha corregido el texto, señalando interesantes sugerencias. Alexander Poraj, maestro Zen y director del centro espiritual Benediktushof en Alemania, es un gran conocedor del ser humano; a través de los talleres y trabajos personales dirigidos por él, así como en la larga relación de amistad que nos une, siempre me ha señalado caminos certeros de recuperación y cuidado del alma, que intento mostrar, gracias a su ayuda, en el contenido de este libro. Los profesores de la Facultad de Teología de la Compañía de Jesús de Granada me abrieron en su momento, cuando en la mitad de la vida decidí ordenarme sacerdote, un amplio horizonte humano y teológico hasta entonces insospechado; sirva esta mención de profundo y sincero reconocimiento por sus enseñanzas y ejemplos. El profesor de Literatura de la Universidad de Granada y gran amigo, Juan Varo, ha tenido a bien realizar una detallada lectura y acertada corrección de este trabajo, tarea que agradezco con profunda sinceridad.

Los escritos de A. Amed Alí (*A.H. Almaas*), J. Serafín Béjar, Eugene Drewermann, Bert Hellinger, Enrique Martínez Lozano –que me honra con su amistad y aprecio–, Javier Melloni, y Ken Wilber, entre otros, han ido creando un horizonte paradigmático cada vez más espacioso que configura mi pensar y sentir, sin olvidar la poesía de san Juan de la Cruz, que ha conseguido, como nadie, acariciar los entresijos más recónditos de mi ser.

Gracias a tantas personas sencillas que, a menudo en situaciones de dolor, han puesto en mis manos el

misterio de sus vidas, como una ofrenda sagrada que he querido siempre acoger con total veneración. Y gracias, por último, a los hombres y mujeres que han tomado la valiente decisión, desde sus procesos personales de transformación, de recorrer ligeros de equipaje el camino de la vida. A ellos dedico con todo mi afecto este libro.

PRIMERA PARTE

EL MISTERIO QUE SOMOS

...el Señor llamó a Moisés desde la zarza: “Moisés, Moisés”. Respondió él: “Aquí estoy”. Dijo Dios: “No te acerques; quítate las sandalias de los pies, pues el sitio que pisas es terreno sagrado”.

Éxodo 3, 4-5